

CRI-CRI

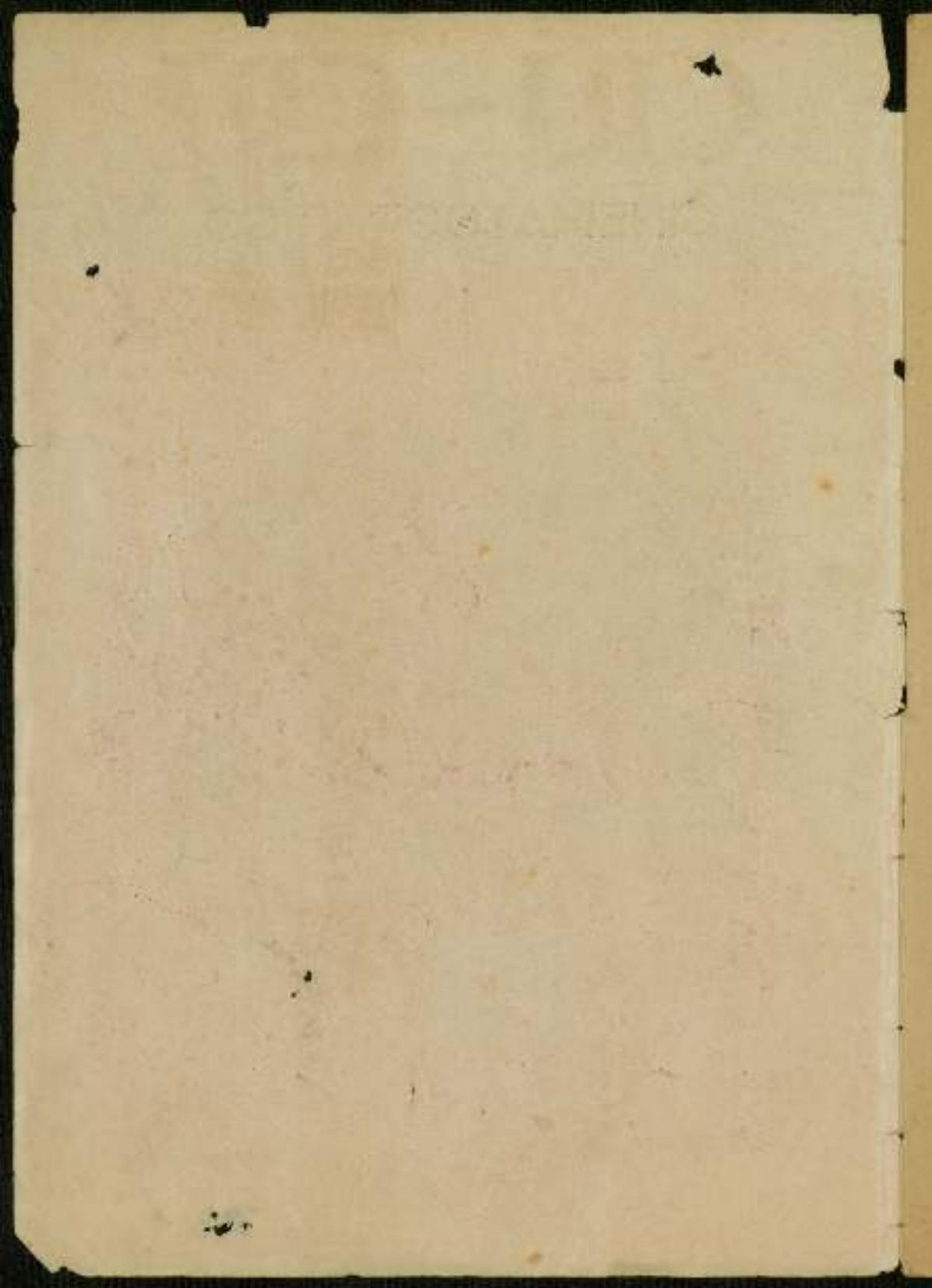
CINEMATOGRAFICO

N.º 2

50 cts.



CONSTANCE TALMADGE



CRI - CRI

CINEMATOGRAFICO

Redacción / GRAN VILA LAVETANA, 17
Administración / TELÉFONO, 4923 A.

INSTITUT DE CINEMATOGRAFIA
APPL. DE AUDIOVISUALS DE
GENERALITAT DE CATALUNYA
BIBLIOTECA

AÑO I
NÚM. II

SUMARIO

Apunte de CONSTANCE TALMADGE.
Música y letra de FLORERA DEL CABAÑAL.
Información cinematográfica.
Argumento: «SAPHO», por Pola Negri.
Literatura: EL MIEDO, por W. Fernández Flores
Película animada americana.
BODA DE CHARLOT Y POLA NEGRI,
por Castanys.
Cine - guasa: AMOR Y ALFALFA.
Página humorística.
Interesante folletín: MARIA.
Postal-fotografía: AIMÉ SIMON GIRARD.

Sale todos los sábados 50 cts.

Florera del Cabañal

Música
David Vives

Letra
Pedro Abello

CRITO

PIANO

ALLEGRETTO

f

ff FIN

Del Ca-bañal de Va-ler-on lin-de He-ra-dos-de Dios pa-sen-fla-das jar-

-di-nes de pa-sa-yo-so-les de-va-ri-a-les y re-tes con su per-tu-ne-de-

-a) de los se-ñores ben-di-to sea el pa-dre la-mi-ni-oso que re-tes con sus re-

The image shows a musical score for a song. It consists of three systems of music, each with a vocal line and a piano accompaniment. The key signature has two sharps (F# and C#), and the time signature is 3/4. The lyrics are written below the vocal line.

Lyrics:
 ... en pe- la rra el rre, d'een - te - re y con go- za la a - no - va ella
 Fo- ro del ran- an - je - ro. No lle- va la- da y ba - llas esa, p' que ha- da a
 Del Ca- ba- ñal soy ha - re - ra soy de Va- len- cia del Cid.

I

Del Cabañal de Valencia
 linda tierra donde Dios
 puso en floridos jardines
 de poesía y color.
 flores, claveles y rosas
 con su perfume ideal;
 soy de esa tierra bendita,
 soy hija del Cabañal.

(Estríbillo)

Mis flores con sus olores
 perfuman el mundo entero,
 y son para los amores
 mis flores, fiel consejero.

Mis flores lindas y bellas
 comprarme todos á mí:
 Del Cabañal soy florena,
 soy de Valencia del Cid.

II

En el olor de mis flores
 llevo ensueños del amor
 y en ellas va la esperanza
 que anhela mi corazón.
 Florena, linda florena
 me dicen al verme andar,
 eres la flor más hermosa
 que nace en el Cabañal.

(Al estríbillo)

LITERATURA

LÍRICOS MODERNOS

Los Conquistadores

POR

FEDERICO NAVAS

Lucen sus lerraras
los grandes castros de grandes señoras:
¡Bien afortunados! ¡Todos tienen traxas
de conquistadores!

Son los poderosos
que vacían sus sacos de oro y injuria,
los ricos ociosos
que hacen al pobre y al honesto injuriar.

Son los caballeros
de la nueva edad, que pasan los días
igual que las noches: son los nafteros
de las alegrías.

¡Terrazas brillantes
de sedas y oro y piedras preciosas;
gentiles paseos de damas hermosas
y coches triunfantes!

¡Cuánta fantasía
y cuántos valores en su gusto emplean!
Los pobres que os vean,
sentirán, llorando, su propia agena!

—¡Y será posible
que esta paz turben — dicen — los hermanos!
¡Y tiemblen sus manos,
temiendo que se quiebre su vida apacible!

¡Señor de los males,
vénganos el tu reino de desolaciones
y que se levanten de sus postraciones
sin sus diñerales!

Y entonces veremos
cómo los desmiten sus traxas de herencia
y cómo son víctimas de su insuficiencia.
¡Y todos reiremos!
¡O los mismos ojos de llanto tendremos!

Federico Navas

La Blanca Novia

POR JUAN SANSANO

Novia lejana, que te esfumas
en el trelpel de mis recuerdos
y que á mi vienes en las noches
de clara luna, como un encauño,
en los espacios infinitos
¿se cruzan nuestros pensamientos?
¿O ya de mí te has olvidado,
¿dura visión de mis deseos?
Aunque el jardín está de fiesta
y sus aromas son del cielo
y hay puras flores que se agitan
sobre el verdor del jazminero,
tiene el recinto la tristiza
de un olvidado cementerio,
porque te busco como un loco,
novia lejana, y no te veo...
Y al viejo banco en que escuchabas
del roiseñor el canto terno,
nadie se acerca, y me parece
el pontedón de mis recuerdos.

Novia lejana, blanca novia;
la de los labios siempre frescos,
la de mirada mortecina,
la de divino perill griego,
¿qué tierra pisarán tus pies breves?
¿Qué luz irradia en tu senfiero?
¿Y qué minúsculos paisajejes
danzan sobre tus ojos negros?

Novia lejana, novia mía,
de mi jardín en el silencio,
cuando hacia mí tu sombra viene
como creación de mi deseo,
brota en mi espíritu cansino
aquel amor divino y tierno
que unió en un beso nuestros labios,
y nuestras almas, en un beaú...

Juan Sansano

INFORMACION

La próxima creación :: de Enil Jennings ::

El actor alemán ENIL JENNINGS tan pronto termine la película «TODO POR EL DINERO», empezará otra, cuyo argumento está basado en la vida del famoso cabeceña de lacrones Rinaldiui.

Antonio Moreno se casa

A este notable actor cinematográfico le sonreí la fortuna, pues además de firmar su contrato de matrimonio con miss DAISY CANFIELD, hija del «Rey del Aceite» mister Canfield, que ha perdido la cuenta de los millones que lleva almacenados, acaba de firmar otro contrato magnífico con la FAMOUS PLAYERS, por cinco años.

Otra obra de Blasco Ibáñez a la pantalla

Decididamente Vicente Blasco Ibáñez está de suerte con sus libros.

Una novela suya va a ser llevada al cinematógrafo. Esta vez es el libro que lleva por título castellano «LOS ENEMIGOS DE LA MUJER». Las principales partes de esta película serán desenvueltas por LIONEL BARRYMORE y ALMA RUBENS.

El público de todo el mundo tendrá ocasión de examinar en detalle la vida del casino de Monté Carlo, en cuyos magníficos salones y terrazas se desarrollan escenas llenas de emoción y verismo.

Henny Porten respa- recerá en la pantalla

En la gran producción que prepara la casa P. FELLNER de Berlín, titulada «EL MERCADER DE VENECIA», inspirada en la genial obra de Shakespeare, Henny Porten interpreta el principal papel femenino.

A raíz de su matrimonio, esta artista manifestó el deseo de retirarse definitivamente de la pantalla, y aún lo llevó a cabo por espacio de algunos meses. Pero no ha podido resistir al llamamiento de la gloria y vuelve

a ella con más entusiasmo, con más ansias de aplausos que nunca.

Anita Stewart se divorcia

May amigablemente, sin separación judicial, ni escándalos, ni disputas, ni lágrimas, pero de una manera definitiva, Anita Stewart y su marido R. Cameron—de quien era conyugue hace años y que la dirigía en sus producciones para el lienzo—han decidido «vivir aparte de hoy en adelante. Prometieron seguir tan amigos como antes y saludarse cada vez que se encontraran.

Mary y Douglas van a dar la vuelta al mundo

No la derán, claro está, en cuarenta días, ni sufriendo incomodidades. La vuelta al mundo por Douglas y Mary, el matrimonio más afortunado del universo, será hecha en una magnífica nave que atravesará audaz y feliz el Océano.

Parece ser que Douglas y Mary tienen el proyecto de llevar consigo a bastantes de sus íntimas amistades.

Un Jackie Coogan sueco

La casa NORDISK FILM acaba de terminar una interesante película, según la famosa obra de Dickens, titulada «GRANDES ESPERANZAS», en la cual aparece el niño MARTIN HERZBERG que, según dicen, hace la competencia al famoso pequeño Jackie Coogan y al cual se le pronostica un gran porvenir.

Un competidor de Rodolfo Valentino

Después de haber observado su maravilloso trabajo en «EL TIO VIVO», donde hace el papel de protagonista, la UNIVERSAL ha contratado por cinco años al gran actor NORMAN KERRY, que se cree va a suceder a RODOLFO VALENTINO como ídolo de la pantalla. Trabajará próximamente en «EL JOROBADO DE NUESTRA SEÑORA DE PARÍS» en el importante papel de Phoebus.

ARGUMENTO

SAPHO

POR LA GENIAL

POLA NEGRI

Colocación: W. Timpf & H. Meyer-Altmann S. A. "CINEMA" - Buenos Aires

«En «SAPHO»... este, re y peligrosa mujer que se hizo idónea en todos y a cada instante, hasta que cruzó el camino de su vida el hombre que despertó brama en el corazón, y la hizo volver de su indecisa, la tragedia, esta labor de dos y o historias y una sola saguntosa trama.»

Un acontecimiento trágico vino a arrebatarse la felicidad de que gozaba una digna familia de abolego.

El hijo mayor de la casa había sufrido un ataque de locura y se hallaba recluido en un manicomio de la ciudad.

¡Pobre Andrés de la Cruz! ¡Qué desgracia la suya!

Prevenido telegráficamente por el director de la casa de alienados, el hermano del nuevo demente, Ricardo de la Cruz, fué a verle y tuvo que rendirse a la evidencia de la enajenación de Andrés. Este no lo reconoció siquiera y al serle preguntado quién era él, Ricardo, el privado de la razón, dijo:

—Este... es... uno de sus amantes... junto de sus amantes!

Las palabras de su hermano desconcertaron a Ricardo, quien, prestamente, pidió aclaraciones al doctor y obtuvo la única que las resume todas:

—La locura de su hermano la ha producido el amor de una mujer...

La madre de Andrés y Ricardo, y la novia de éste, María, vivían sin sosiego desde el triste suceso. En la ciudad Ricardo les escribió dándoles cuenta del resultado de su visita a Andrés.

Un amigo de Ricardo, de nombre Teddy, aristócrata muy conocido y conocedor del gran mundo que se divertía, para celebrar su encuentro, después de mucho tiempo sin verse, le propuso acompañarlo al Odeón, donde conocería a Sapho. Ricardo se dejó tentar.

Arrojado a la vida dulce y



pura del hogar de la hermosa «Sapho», Ricardo asistía con repugnancia al derroche de inmundicias que tenía lugar en aquel ambiente fúnebre.

Y el destino hizo que «Sapho» se fijara en Ricardo.

Presentada por Teddy, «Sapho», la peligrósa, hizo a Ricardo objeto de singular atención...

El buen amigo de «Sapho», Gregorio Bertini, tuvo celos de aquel joven que tanto le interesaba y mayormente cuando Teddy, bromeando, le advirtió que «Sapho» ya se causaba de él.

Ricardo estaba desconcertado; los ojos de la atraente mujer despedían una extraña y poderosa fascinación.

Ella adivinó lo que pasaba en el interior de aquel cuerpo joven, inexperimentado y le invitó a ir con ella a tomar el té. ¡Estaba enamorada!

«Sapho» se hizo acompañar a su casa y en ésta quiso hablar de amor con Ricardo.

Gregorio, feroz en sus celos, los había seguido y «Sapho» descubrió la boca de un revólver entre los pliegos de un cortinaje y se figuró lo que ocurría. Discretamente, fué al encuentro del obcecado y le obligó, a cambio de amplias explicaciones al día siguiente, a que saliera de allí en el acto.

Ricardo no estaba en su centro. «Sapho» le dijo:

—¿Tienes miedo al amor?

—Sí... ¡El amor ha enloquecido a mi hermano! contestó él.

—¿Cómo se llama tu hermano?—preguntó, pálida, «Sapho».

—Andrés de la Cruz.

«Sapho» se levantó de su silla... temblaba... y no se opuso a que Ricardo, que hizo esfuerzos para decidirse, se marchase. Con voz velada por la emoción que embargaba todo su ser, «Sapho» exclamó:

—Hermano de Andrés, Dios mío! ¡Y se lleva toda mi vida!

Gregorio, apenas despuntada el alba, se enteraba por Teddy del nombre de Ricardo de la Cruz; y de casa de Teddy trasladóse

a la de «Sapho». Hubo discusión... y acaloramiento.

—Quiero ser libre porque amo;—confesóle ella—porque se iba en mí algo nuevo que me atrae.

—Ríndote;—repuso, seguro de su triunfo Gregorio, —tan sólo me resta decir a Ricardo de la Cruz que tú has ocasionado la perdición de su hermano.

Esta revelación significaría para «Sapho» el fracaso del amor que naciera en su alma, y se defendió como mujer asíata y enamorada. Y le dijo, fingiendo el ardor:

—¿No has comprendido que he querido probar una vez más tu verdad?

Después de haber informado de nuevo acerca de la enfermedad de su hermano, Ricardo mandó un telegrama a su prometida María diciéndole que llegaría aquella misma noche y que avisara a su madre.

No pudo partir sin ir a despedirse de «Sapho».

—¿A despedirte? ¡No!... Llévame contigo...—le aplicó «Sapho» anteponiendo su amor a sus escrúpulos—Eres el primer hombre que llega a mi corazón... No quiero dejarte nunca... nunca!... Quiero hacerte feliz... ¡Si supieras cuánto deseaba llegar a amar a un hombre como me han amado a mí!... Cree en mis palabras.

.... María esperó en vano, aquella noche, el regreso de Ricardo...



«Sapho» y Ricardo refugiaron su amor inmenso en una playa tranquila y pintoresca; mas vióse pronto truncada su inefable dicha con la presencia de Gregorio allí. Este, astuto, supo las señas de Ricardo, y de consiguiente de «Sapho», en las oficinas del manicomio.

Era la mañana, «Sapho» se despertaba aún en su mollido lecho. Ricardo había salido a dar un paseo, según era su costumbre.

Gregorio le alcanzó y le habló en esta manera:

—Seguro de prestarle un buen servicio, quiero que sepa usted a quien debe su infortunio su pobre hermano.

Sigue a la página 16

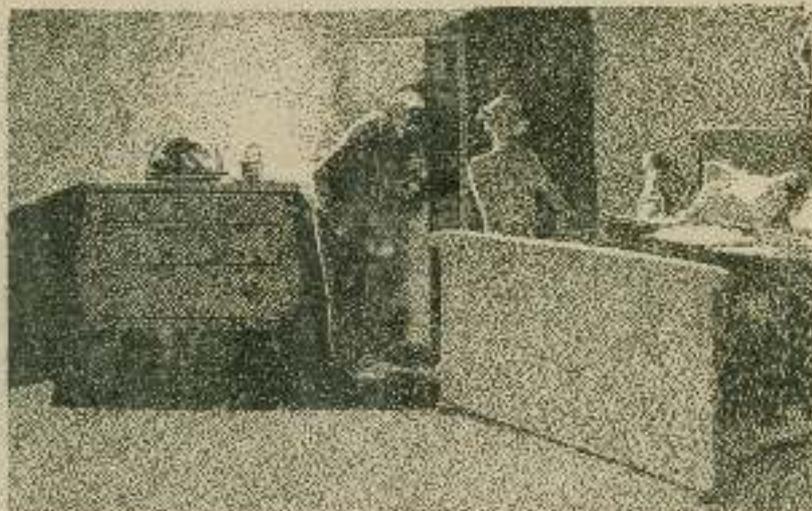
LITERATURA

LOS GRANDES CUENTISTAS ESPAÑOLES

EL MIEDO

POR

WENCESLAO FERNANDEZ FLORES



(ILUSTRACIÓN POR V. CASTANY)

Se copian de los caracteres que integran LAS TRAGEDIAS DE LA VIDA VULGAR, maravillosa producción de este genial autor.

Al sonar las once en el reloj encerrado en la larga caja de nogal, como en un ataúd, Felipe dejó el periódico sobre la mesa, subió hasta la frente las antiparras y se frotó los cansados ojos, en los que la vejez había ensangrentado los bordes. Doña Marina bostezó, sacudida de su sopor por los once sonidos agudos de la campana. Hizo el signo de la cruz sobre la hoquedad negra de la boca donde amarillean aún algunos dientes; luego suspiró:

— ¡Ay, Jesús!

Y miró al reloj, donde el disco dorado del péndulo iba y venía, centelleando al mostrarse plenamente en el centro de la larga caja.

— Las once ya, Felipe.

— Si; vamos.

La viejecita se levantó y salió. Se arrastraron sus pisadas por un corredor; se sintió, un poco lejos, el ruidillo de una cerilla que se enciende. Felipe volvió á encorvarse sobre su periódico, reanudando la truncada lectura de un suelto. Bajo la luz, su calva tenía un matiz rosado y un puntito brillante sobre la prieta piel.

Desde el fondo del pasillo llegó la voz de doña Marina un poco impaciente:

—¡Pero Felipe...!

—¡Voy, mujer!

Alzose, y llevó su mano enflaquecida hasta la llave de la luz. Antes de hacerla girar, devoró aún las últimas líneas del suelto, moviendo los labios, como si modulase las palabras leídas, con las cejas enarcanadas hasta lo sumo de la frente rugosa. Luego arrojó el periódico, apagó la luz, marchó hacia el pasillo, advirtiéndole:

—¡Voy, voy!

Los filamentos de la bombilla quedaron luciendo como rayitas rojas en la oscuridad del comedor. Después fué amortiguándose su tono; después se desvanecieron en la negrura. Por una contraventana, mal ajustada, entró entonces, en una estrecha faja, la difusa claridad de la noche.

Doña Marina se incorporó bruscamente en el lecho. Salía su garganta descarnada, como manojo de cuerdas retorcidas, de entre la albuca de la camisa amplia. Escuchó atentamente, quieta, sin respirar, con los grandes ojos sin párpados, dilatados por el sobresalto. Preguntó al fin, en voz baja:

—¿Oíste?

Felipe, á su lado, parecía mirar al vacío también en actitud de escuchar. No se había movido. Al hablar su mujer se solvió un poco, haciendo un gesto de afirmación.

Si, habla oído. En alguna estancia de la casa sonó distintamente el ruido de un cristal al romperse. Primero un golpe que se advirtió sordamente, y luego el tintineo del cristal. Ahora había un silencio denso, profundo, con ese misterio del callar de la noche, que á veces impresiona los nervios con un sentimiento de miedo.

Volvieron á escuchar los ancianos. Doña Marina inquirió con voz de susurro, crispada su mano sobre el brazo varonil:

—¿Qué pudo ser?

La lamparilla hacía danzar por las paredes sombras extrañas; sobre la cabecera del lecho un Cristo amarillento, copiosamente ensangrentado el rostro, en el pecho, en las manos, sugería en aquel instante una impresión de horror, como la visión de un asesinato. Doña Marina recorrió con los

ojos toda la estancia; un abrigo colgado en la percha, cerca de la pared, exaltó su miedo; estuvo á punto de gritar. Temblaba toda ella. En aquel silencio se oyeron entonces ligeros ruidos; la carrera de un ratón entre los tabiques, el tac-tac de una polilla mordiendo en la madera, un chisporroteo de la luz...

Doña Marina pensó, estremecida:

—Acaso fué un alma en pena...

Recordó unos golpes misteriosos que oyó la noche de la muerte de su hijo; entonces también, medio en sueños, había oído como una voz lejana que le llamase... ¡Hay tantos arcanos más allá de la vida!

Felipe salió de entre las sábanas, un poco animado por el duradero silencio; se acercó á la puerta, la entreabrió. Por el pasillo vino el tic-taqueo del reloj. Escuchó un minuto. De pronto cerró la puerta con mano temblona, sobrecogido, yerto: había oído claramente un rumor de pisadas cautelosas, y así como un rechinar; quizás una puerta de goznes recios ó el gemido de un cajón que se abre... Se quedó encorvado junto á la puerta, reteniéndola con sus dedos agitados.

Estaba lividísimo; los escasos mechones blancos, revueltos por la almohada, parecían erizados de un supremo terror. Temblaba fuertemente bajo su chaleco de bayeta, amarilla. Doña Marina cruzó las manos, contagiada por aquel mudo pánico. Felipe susurró apenas, tan despacio que ella advirtió más que oyó:

—¡Hay ladrones!

Se frunció en mil arrugas toda la cara de ella, en un sollozo de espanto; alzó los brazos como pidiendo ayuda; se sintió sin voz, con un suñor frío por todo el cuerpo. Se arrastró hasta el borde del lecho; se arrastró hasta el suelo; la camisa arremolinada dejaba ver las pobres piernas nudosas y flacas, los senos flácidos y terrosos, pendientes como vejigas desinfladas. Se acercó á su marido. Buscó un sitio para ocultarse, para huir; tropezó en la mesilla. Entonces él alzó el brazo temblón para pegarle:

—¡Quiet!

Y la anciana se esovilló junto al lecho. Se oía claramente en la estancia el castañeo

teo de sus dientes; fijaba los espantados ojos en la puerta, esperando ver surgir silenciosamente al ladrón, mirándoles con ojos brilladores, con el puñal descuido en la mano, pronto á herir.

La puerta no tenía otra defensa que un débil pestillo. La mano de Felipe temblaba sobre él. El latir de los dos corazones angustiados le entordecía. ¿Qué tiempo pasó...? Un minuto...? ¿Una hora...? La campana del reloj dió un cuarto. Felipe escuchó por la resaca de la puerta. Llamó á su mujer; la anciana se acercó lentamente. Movió él á su oído:

— Está en la sala...

Tenía en el rostro un gesto de máximo espanto.

— Es preciso avisar á Julian.

Añadió, asiendo un brazo de Marina:

— Baja á llamarle.

Se abrieron más aún con el terror los ojos dilatados de la mujer. Intentó desasirse.

— ¡Baja, te digo!

Brillaba en las pupilas de él, junto al pánico, aquel puntito de ferocidad que la vieja había visto más veces; pero se resistió ella, enloquecida ante la idea de recorrer el largo pasillo y bajar la escalera de pedreaños crujientes para llegar junto al dormido cri-

do. Unió las manos, suplicante, sacudida convulsivamente por el temblor. El le atrajo hacia sí; entreabrió la puerta. Gimió la anciana:

— ¡Por Dios...! ¡por Dios...!

El viejo le clavaba las uñas en la pobre carne estremecida, sin que ella sintiese el dolor.

— ¡Por Dios...! ¡no podré, no podré...!

Se doblaron sus piernas; fué sentándose en el suelo lentamente; y, sentada, la empujó él hacia el pasillo. Quedó allí como un montoncillo blanco. Felipe tornó á cerrar, precipitado, con un rápido jadeo. Empujó todo su cuerpo contra las tablas, entrelazó sobre el pestillo los garfios de sus dedos contraídos. Quedó escuchando, con todo el alma en sus oídos, creyendo sentir acercarse al ladrón, atardecido por aquel tumulto de su sangre que daba un grueso relieve á las venas sobre la piel rugosa.

Y por la juntura de la puerta entraba débil, como un susurro casi imperceptible, la vozcita de la anciana, ahogada en terror:

— ¡Felipe...! ¡Felipe...!

No decía más; era como un chillido de razón. Se sentía á veces temblar sus huesos contra las tablas...

WENCESLAO FERNÁNDEZ FLORES.

LÍRICOS MODERNOS

FLORES DE MAYO

POR MARIA LUISA MADRONA DE ALFONSO

De Mayo es el mes, hermoso está el día,
Color de turquesa el cielo español,
Lo mismo que el manto que lleva María
Color de turquesa con rayos de sol.

Las uñas al prado van á cortar flores,
Las niñas cristianas, almas candorosas,
Y en cestas colocan luego las mejores,
Nardos, azucenas, jazmines y rosas.

El astro declina, se esfuma el paisaje,
Las gradas del atrio se ve que florecen;
Son niñas ornadas con albo ropaje
Que entrando en el templo polomas parecen.

Y allí ante la Excelsa elevan su canto,
Ofrendan sus flores con fé y con anhelo,
Al verlas los padres contienen el llanto,
Los ángeles mientras sonrían en el cielo.

La fiesta termina; volviendo al hogar,
Nubadas las niñas por rayos de luna,
Revivra en sus labios el dulce cantar
Que entonan piadosas y todas á una.

Radianles de luz brillan las estrellas
Mientras que las voces en la jeranda
Repiten la estrofa que aprendieron ellas:
«Venid y llevemos flores á María».

MARIA LUISA MADRONA DE ALFONSO.

PELICULA ANIMADA

PELÍCULA AMERICANA



Jack y Kerry se aman, pero Jim ama también a Kerry y jura que será su esposa.

Un día Jim decide declararle su loca pasión, pero es desdichado.

Entonces, fuera de sí se propone conseguir a la muchacha que no pudo conseguir con amor, pero ella le dice: ¡Primero muera que hoy!



¡Pues ni más ni de Jack! responde Jim.—Vas a morir!—Y prepara una máquina infernal...

...pega fuego a la barbilla de la cabra, que al dolor que le produce la quemadura se encobrita...



...saliendo disparada contra Jim, en el mismo instante que una bala certera de Jack corta la cuerda que debía cumplir la sentencia.

Y los dos novios, a la par que bendicen a la cabra que los ha librado de su enemigo, se dirigen contentos y felices a la casa del Pastor.

Charlot
y
Pola Negri



La tan comentada y esperada boda de estos artistas VISTA POR CASTANYS.

CINE = GUASA

AMOR Y ALFALFA

Aquel célebre refrán que decía «contigo pan y cebollas» ha sido derrocado por el que encabeza estas líneas.

Nuestros petimetres «*cont'il faut*» han adoptado como frase sacramental cuando hacen ponderación de su amor esta sencilla exclamación: ¡Contigo amor y alfalfa! Hay quien se relame de gusto pronunciando estas palabras y más de un *añe bien* se ha dado al vegetarianismo.

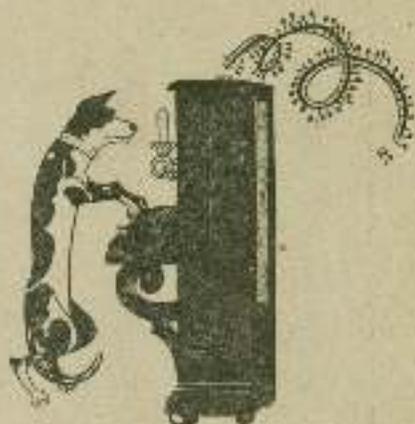
La película no tiene nada de particular. Sinceramente creemos que lo que más éxito ha alcanzado es el título.

Una granja modelo en la que los animales son tratados por procedimientos ultramodernos nos sorprende hasta el extremo de causarnos estupor.

Las terneras suavemente tumbadas en cianes estilo Luis XV ó arrellanadas cómodamente en espaciosos sillones, escuchan



el himno de ¡Guerra a los laceros! que interpreta magistralmente la perra guardiana «Preciosilla».



Los encargados de la granja le sirven el té con pastas y se truncan a fuerza de doblarse delante de los animales.

A pesar de todas esas comodidades el rendimiento que producen las vacas es exiguo.

Parece increíble ¿verdad? Lo más natural sería que al ordeñar a cualquiera de ellas en vez de jugo lácteo brotaran de sus ubres potes de leche condensada y fuentes de natilla.

Sin embargo... el granjero, hombre avezado a afrontar los reveses del negocio, sabe el procedimiento infalible para corregir la escasez. El procedimiento consiste en una *fuente de bautismo*.

Claro que este procedimiento lo conocen la mayoría de los lecheros del mundo, pero no por eso deja de ser seguro.

«Preciosilla», la perra, cada vez que se da cuenta de que están ordeñando, lanza un ladrido quejumbroso. El que se halla en

funciones hace puntería con la ubre y propina un chorro que va á parar á la boca de «Preciosilla».



Hasta aquí el argumento de la película no aparece por ninguna parte; pero un ciclista avanza por la carretera y es el portador... ¿del argumento? —preguntarán ustedes— No; de una carta.

El ciclista tiene la obligación de excitarnos á la hilaridad, y cumple. Se enreda la barba laenga y canosa en los pedales y... ¡cataplón! va de narices contra el suelo.

Los granjeros son tres, pero parecen una misma persona. Sus movimientos son mecánicos y marchan á un mismo tiempo como movidos por un resorte.

Recogen la carta y por ella se enteran de que la dueña de la granja se dispone á visitarla.

Entretanto el ciclista continua tumbado en el suelo sin poder librar á su pelo de la presión de los pedales. «Preciosilla» abre un cajón del que sustrae unas tijeras y con ellas se dirige al ciclista. El ciclista recorta su herba queriendo en libertad y el público exclama ¡Oh, qué perra tan inteligente!

Después de esto nos preparamos para empezar á enterarnos del porqué de todo aquel desmadejamiento.

Los tres granjeros tienen el mismo propósito: enamorar á la dueña.

Aparecen á un tiempo con la camisa limpia y el lingo reluciente. Se miran unos á otros como si tuvieran tentaciones de morderse la nuez. Fiando cada cual en sus fuerzas aguardan la llegada de la que ambicionan por esposa.

Ella emprende el viaje en un lujoso automóvil que en su verliginosa carrera no respeta á nadie. El alcalde de la villa de X, que es enemigo acérrimo de esta clase de vehículos, pretende detenerlo, pero no consigue más que ponerse en ridículo breves instantes debajo del coche sin sufrir por ello el menor daño.

La llegada de la dueña, linda y de maneras muy suaves, deja suspensos á los tres granjeros que observan atónitos aquel dichado de belleza. Una vez recobrados, cada



uno para sí, pretende el honor de dar el brazo á su dueña. Un torneo de sonrisas, acatamientos, guiños y otros excesos se establece entre los tres. Ella juega con la rusticidad de todos, con coquetería refinada, y se divierte escuchando sus galanteerías.

La muchacha nos parecía banal; pero por ventura no era también banal la película, y no somos banales nosotros?

¿Hay alguien que pueda sustraerse á la

banalidad imperante? ¿No es banal el maquinista del cine que deja un buen rato la película en la pantalla dividida en dos trozos, las cabezas al nivel del público y los pies rozando el techo? ¿No es banal el acomodador que en lugar de alumbraros el pasillo, dirige su lamparilla con insistencia hacia vuestro ombligo como si pretendiera adivinar que es lo que habéis cenado? ¿No es banal — para terminar — un protagonista que con una máscara de doctor haga veneno para eliminar banqueros y se deje secuestrar por un chino? Pues si todo es banal no se hable más del asunto.

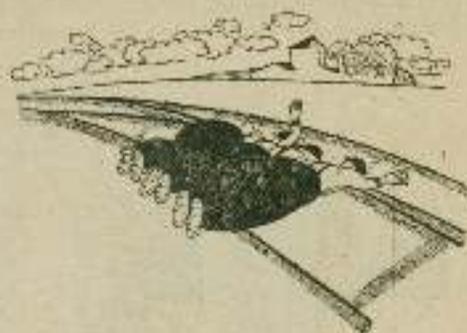
Los tres granjeros acosan a la dueña para que ésta se decida.

Un auto llega y de él se apea un caballero, es el prometido de la dueña. Sin encomendarse a Dios ni al Diablo, se cogen del brazo y se dirigen a la iglesia. Un pastor les da la bendición y quedan casados.

Los tres granjeros llegan en el momento oportuno para estuperfaccionarse y dar más aspecto de realidad a la escena.

Con la cabeza baja y a la altura del hombro se dirigen a la vía férrea. Sin mediar palabra se tumban a través de los railes y descansan su cabeza sobre el frío hierro, guía del rápido. Ninguno de ellos quiere ser el primero pero la llegada del tren interrum-

pe sus cambios. El momento es emocionante. Los temperamentos excitables llegan a



percibir los resoplidos de la locomotora. Y nos preparamos para asistir a la catástrofe.

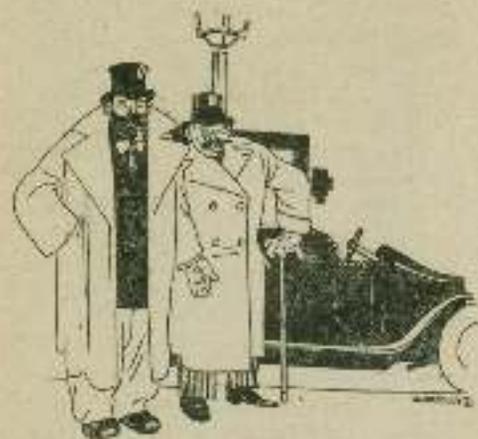
...Un desvío a pocos metros del lugar en que esperan los tres granjeros aleja el convoy del lugar del suceso.

Ha sido «Preciosilla» que ha cambiado las agujas.

Los tres granjeros creyéndose muertos no se mueven, temerosos de descomponerse. La perra abreva sus instantes de cadáveres insepultos, con unos mordiscos en la parte más carnosa de su cuerpo los vuelve a la realidad y les obliga a emprender una veloz carrera. Dios sabe si a estas horas han vuelto a la granja... La solución... é gusto del lector.



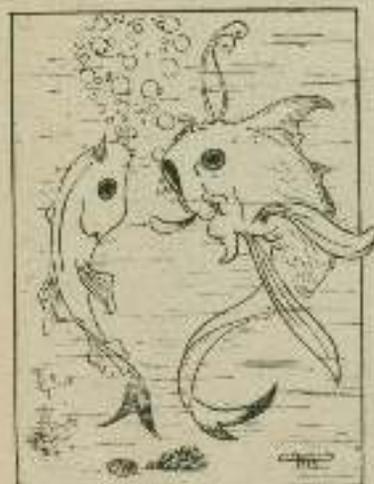
PAGINA HUMORISTICA



- ¿Cuál sería el peor disgusto que podría proporcionarte tu mujer?
 —Pues mira, que dejara sus relaciones con Luis, porque yo ya no estoy para músicas.



- Querido doctor, vengo a darle las gracias por su receta.
 —¡Ah! ¿La tomó usted?
 —No señor, la di a un tío mío y soy su único heredero!



- Pásame, amigo, hoy me han dicho que va a secarse el mar.
 —¿...?
 —Sí, porque ha naufragado un buque cargado de papel secante....



- ¡Y que un cazador como yo tenga que abandonar la escopeta en el montel...

ARGUMENTO

—¿Usted lo sabe? ¡Hable usted!... ¡dígame cuanto sepa!

—Cuando conocí a «Sapho», su hermano Andrés desempeñaba el cargo de ingeniero en mi fábrica de automóviles. Él era amigo de «Sapho», á la que yo enamoré prescindiendo de si otro mandaba en ella. Nuestra amistad fué, desde luego, ocultada á la menor sospecha de Andrés. A pesar de nuestra discreción, él descubrió la verdad, disimuló con reconocida dignidad delante de nosotros, el rudo golpe que habia recibido, pero algunos días después hicimos la prueba de resistencia del auto de su invención, con «Sapho» á mi lado, y quería estrellarnos, impidiéndolo la serenidad de «Sapho» que se apoderó á tiempo del freno. Andrés... ¡estaba loco!

Cumplida su venganza, Gregorio se alejó. Ricardo sufría atrocemente.

Cuando «Sapho» se le acercó, Ricardo rechazóla.

—Aparta...!—la dijo— No eres digna de mi amor!

El cielo se encapotó...



Ricardo volvió al lado de su madre... y de su prometida, y descargó su pecho en el cariño de la primera.

—¡hijo mío...—dijo su madre—Marta, la inocente y pura, te devolverá á la vida...

Pero ¡ay! las caricias de María no eran las mismas...

El dolor de «Sapho» la atrajo inconscientemente á la mansión de horror donde se consumía la pobre humanidad de Andrés de la Cruz. El loco debió reconocerla, pues, en una violenta crisis, se arrojó á sus pies. La escena fué tremenda; «Sapho» no pudo resistirla y se desmayó. ¡En su misma locura, Andrés la seguía queriendo!

Por Teddy, y éste por el periódico, tuvo

conocimiento «Sapho» del casamiento de Ricardo anunciado para el día siguiente. Y, resignada, exclamó:

—¿Se casa?... Es que yo me he olvidado... Entonces ¡yo también quiero olvidar! Volveré á mi antigua vida... ya que de ella no pude salir para siempre...

En efecto, Ricardo, sacrificándose para complacer á su madre, se casó con María, que le amaba y á la que él habia amado firmemente antes del fatal encuentro con la otra mujer.

Pero al sentarse á la mesa y al brindar por la felicidad de los jóvenes esposos, la imagen de «Sapho» borrando la de María á los ojos de Ricardo, le produjo tan enorme impresión que huyó de la casa en un coche hasta la estación para regresar á París.

Ricardo la vió en el Odeón, donde la conociera. Ella, al reconocerlo, desde un palco, le invitó, con el gesto, á subir, para ir á ocupar otro palco libre y aislado. Y allí se confirmaron su amor.





—Tú eres el causante de que haya vuelto aquí—le dijo ella.

—No me lo recuerdes... Eres tú la única mujer que yo puedo amar en esta vida.

En este momento apareciósele el loco. La visita de «Sapho» había producido en él una extraña crisis, como si intervalos de lucidez le recordaran los sitios conocidos y frecuentados. ¡Había logrado burlar la vigilancia de los empleados del asilo!

«Sapho» y Ricardo iban a defenderse contra el loco que tendía sus brazos á «Sapho». No pudieron hacer nada, porque el loco se encerró con «Sapho» en el antepalco.

Ricardo pidió rápida ayuda á gritos, presa de indescriptible terror.

El socorro llegó tarde... ¡«Sapho» yacía en el suelo, sostenida su cabeza por las manos del demente, que se figuraba velar su sueño...

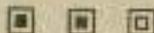


...Y la que vivió una existencia de bullicios, interrumpió trágicamente el de un gran baile, cuyos concurrentes formaron respetuosos su cortejo fúnebre...

Eran tres vidas rotas...

KARRE,

FIN.



VARIOS

Nuestro próximo número contendrá:

El sugestivo cuento literario «LA PRINCESITA ILUSIÓN» por el estimado escritor Estanislao Rolanpi; delicados argumentos de películas; destornillante Cine-guasa; bonita película animada; sorprendente fotografía artística, bella página musical; continuación de nuestro interesante folletín «MARIA»

Sale todos los sábados

Precio 50 cts.

Nadie dejará de adquirir

CRI - CRI CINEMATOGRAFICO

Interesante: Nos reservamos el derecho de admitir los originales que se nos envíen y el de sostener correspondencia sobre los mismos con sus autores.

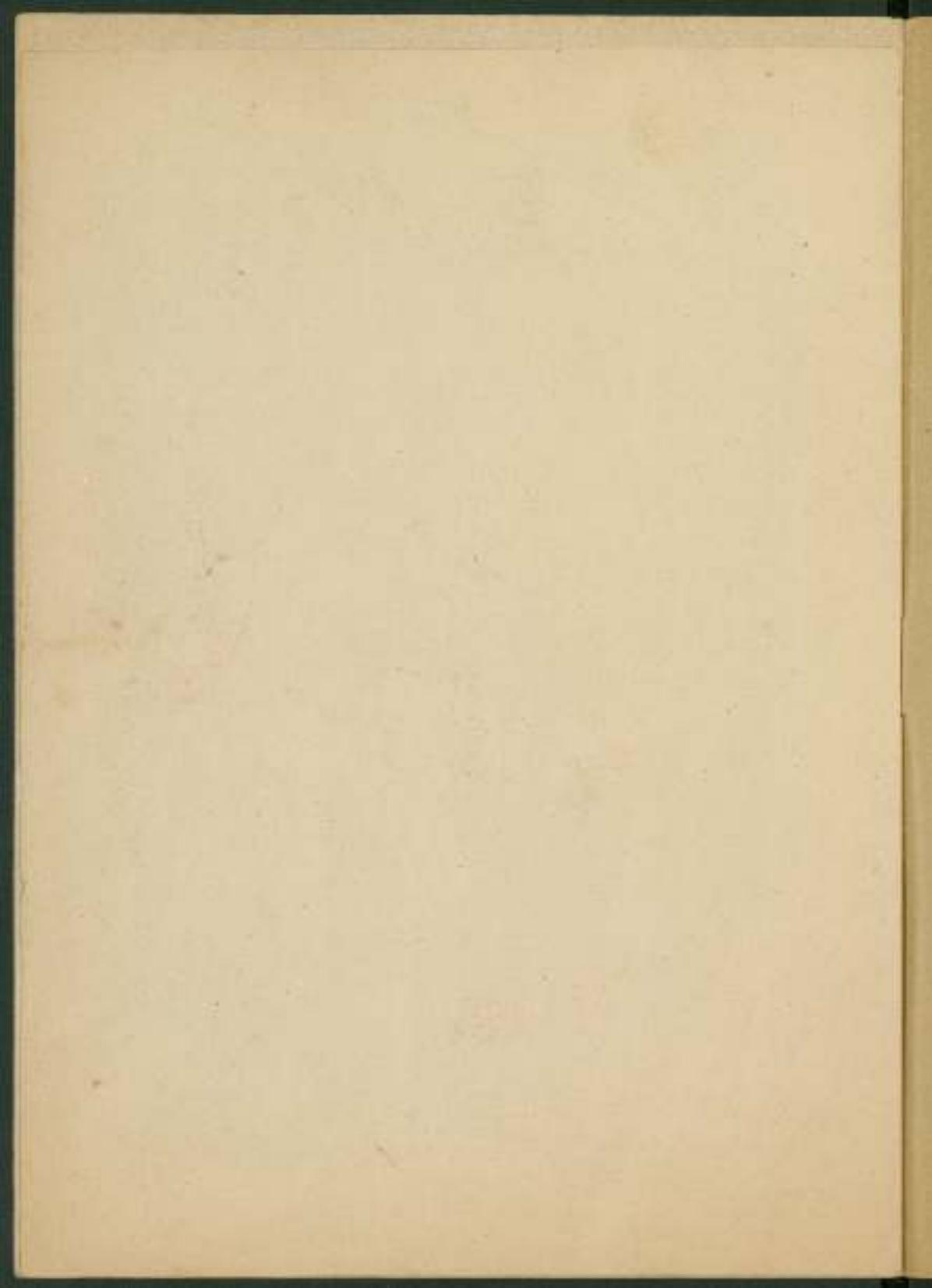
Sensacional: Con el final de nuestro interesante folletín «MARIA» regalaremos a nuestros distinguidos lectores y suscriptores unas elegante cubiertas para que puedan encuadernar la obra.

CRI - CRI CINEMATOGRAFICO	
Precios de suscripción (Pago anticipado)	
Barcelona y provincias	
Año	24 pts.
Semestre	14 "
Extranjero	
Año	36 pts.
Semestre	20 "
Los señores suscriptores de provincias pueden abonar los pagos por Giro Postal.	

Gráficos E. Verdguer Morera — Tarrasa



AIMÉ SIMON GIRARD



deba un trato cariñoso á sus esclavos, se mostraba celoso por la buena conducta de sus esposas, y apreciaba á los niños.

Una tarde, ya á pocas de sol, regresábase de las labores á la fábrica, mi padre, Plutino (mi yordomo) y yo. Ellos hablaban de trabajos hechos y por hacer; á mí me ocupaban cosas más serias. Pensaba en los días de mi infancia. El olor peculiar de los bosques recién derribados y el de las pifur-las en sazón; la greutería de los toros en los guadales y guayanales vecinas; el talido lejano del cuerno de algún pastor, repetido por los montes; las cas-treras de los esclavos que volaban espaciosamente de las labores con las herramientas al hombro, los arreboles vistos al través de los cañaverales moventes, todo me recordaba las tardes en que, ahisandado mis hermanas, María y yo de alguna licencia de mi madre, obtenida á fuerza de reticencia, nos solabamos recogiendo guayabas de nuestros árboles pedicetos, sacando ríños de piñuelas, muchas veces con grave lesión de brazos y manos, y espiando niños de perleca en las cercas de los corrales.

Al encontrarnos con un grupo de esclavos, dijo mi padre á un joven negro de notable apostroca:

—Caque, Bemó, ¿todo lo de tu matrimonio está arreglado para mañana mañana?

—Sí, mi amo—le respondió quitándose el sombrero de junco y apoyándose en el mango de su pala.

—¿Quiénes son los padrinos?

—No Dolores y don Anselmo, si se mecerá quiere.

sus ojos exhibían humedecidos aún al sondear á mi primera expresión aferrada, como las de un niño, cuyo llanto ha acallado una caricia materna.

III

À las ocho horas al caer el día, el cual estaba perfectamente situado en la parte oriental de la casa. Desde él se veían las arces as demandas de las montañas sobre el fondo estrellado del cielo. Los auroras del desierto pasaban por el jardín recogiendo aromas para venir á jugar con los rosales que nos rodeaban. El viento volaba de la casa por instantes el rumor del río. Aquella naturaleza parecía ostentar toda la hermosura de sus noches, como para recibir á un huésped amigo.

Mi padre ocupó la cabecera de la mesa y me hizo colocar á su derecha; mi madre se sentó á la izquierda, como de costumbre; mis hermanas y los niños se situaron indistintamente, y María quedó frente á mí.

Mi padre, entrecerrado durcité mi atención, me dirigía miradas de satisfacción, y sonreía con aquel su modo malicioso y dulce á un mismo tiempo, que no he visto nunca en otros niños. Mi madre hablaba poco, porque en esos momentos era más feliz que todos los que la rodeaban. Mis hermanas se empeñaban en hacerme probar sus colaciones y cremas, y se congrataba aquella á quien yo dirigía una palabra amistosa ó una mirada exanimadora.

dió la mano; y María, abandonándose por un instante la niña, sentó como en la infancia me sentaba esa sencilla boyuelada en la de la niña de mis amores infantiles sorprendiéndole en el rostro de una virgen de Balacl.

IV

Donde tranquilo, como ornado me adornaba en la niñez uno de los tiaravillosos cuencos del esclavo Pedro.

Solía que María entrelaba á retorcidas las flores de mi mesa, y que al salir había rozado las cortinas de mi lecho con su falda de muselina vaporosa salpicada de frivolidades azules.

Cuando desperté, las aves cantaban revoloteando en los follajes de las manzanas y pomarrosos, y los azulescres llenaron mi estancia con su almana tan ligero como entretener la puerta.

La voz de María llegó entoscos á mis oídos dulce y pura, era su voz de niña, pero más grave y lista ya para prescribirse á todas las modulaciones de la ternura y la pasión. ¡Ay! ¡cuántas veces en mis sueños, un eco de ese mismo encanto ha llegado después á mi alma, y mis ojos han buscado en vano aquel lugar donde la ví tan bella en aquella mañana de agosto!

La niña cuyas inocentes carillas habían sido roídas para mí, no sería ya la compañera de mis juegos, pero en las tardes coradas de verano estaría

en los pueros á mi lado, en medio del grupo de mis hermanas; la yudamo yo á cultivar sus flores preferidas, en las veladas oía su voz, me miraban sus ojos, nos separaría un solo paso.

Trasgo que me habia arreglado ligeramente los cabellos, abrí la ventana y díjese á María en una de las calles del jardín, acompañada de Emma; llevaba un traje más obscuro que el de la esposa, y su pasión color de púrpura, enlazado á la cintura, se caía en forma de banda sobre la falda; su larga cabellera dividida en dos trenzas le ocultaba á medias parte de la espalda y el pecho; ella y mi hermana tenían descabros los pies. En una una vasija de porcelana poco más blanca que los brazos que lo sostenían, la que iba llenando de rosas vivientes durante la noche, desahucio por melodías las uñas húmedas y los zanos. E lo, riendo con su compañera, huída sus mejillas, más frescas que las rosas, en el rostro su bosalte. Descubrióse Emma, María lo noto, y sin volverme hacia mí, cayó de rodillas para ocultarme sus pies desahucio del tallo el perfume, y colubrécose con él los hombros, de ella jugar con las uñas. Las hijas rubias de los peñoncillos en la uña; mis hermanas en las alboradas en que recogían flores para sus alharas.

Pasado el alharero, me llamó mi madre á su costurero.

Emma y María estaban bendecido cerca de ella. Volvió ésta á sonrojarse cuando me presentase mejor; ella, sin duda, la sorpresa que involuntariamente le habia yo dado por la mañana.

ES/c-76



—Que pasa ahí, señor guardia?

—Aquí nada que sea de los números que lleva publicado LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA? Todo el mundo espera los números con interés para seguir las aventuras publicadas!